RAMÓN QUILES - PEDRO RODRÍGUEZ LÓPEZ

EN LA CUEVA DEL GNOMO

1930

EN LA CUEVA DEL GNOMO

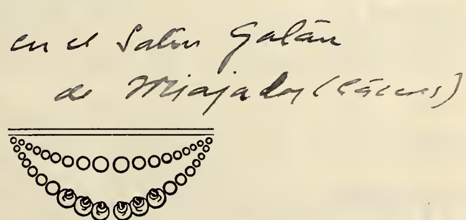
RAMÓN QUILES - PEDRO RODRÍGUEZ LOPEZ

EN LA CUEVA DEL GNOMO

Comedia dramática en un prólogo, tres tránsitos

y un epílogo, estrenada por la compañía de María Gámez,

el 14 de Agosto de 1929.



REPARTO

PERSONAJES DEL PRÓLOGO

Príncipe — — — — — — —	**Ricardo Galache**
Una dama— — — — — — —	Josefina Díaz

PERSONAJES DE LA COMEDIA

Helia — — — — — — —	**María Gámez**
Mary — — — — — — —	María Melgarejo
Ana — — — — — — —	Patrocinio Hernández
Julia — — — — — — —	Antonia Giménez
Adolfo de Menicoff, Príncipe, Ingeniero	**Ricardo Galache**
El Director— — — — — —	Manuel Arcal
Tomás— — — — — — —	Antonio Angulo
Consejero 1.° — — — — —	José Guerra
Id. 2.° — — — — —	Manuel Guerra
Id. 3.° — — — — —	Aurelio Pardo
Id. 4.° — — — — —	Angel Parra
Un delineante — — — — —	Manuel Escamilla

Obreros de una Fábrica

PRÓLOGO

Epoca actual. La acción en un país imaginario.

La escena representa un recinto circular, cerrado por pesadas cortinas de terciopelo, con una sola entrada a la izquierda del actor. Es la antecámara del Príncipe, en el Palacio Real de su padre y se supone que comunica con la cámara. Dos aparatos de luz. Uno de ellos irradiará luz esplendorosamente blanca y el otro una luz débil.

El Príncipe es jorobado.

ESCENA ÚNICA

El Príncipe y una dama de Palacio

(El Príncipe está sentado en un butacón, donde duerme profundamente. Sobre sus piernas descansa un libro. La escena estará iluminada y la sala a obscuras. Descenderá y subirá un telón interior para dar tiempo al Príncipe a ponerse de pie y frente a una dama soberanamente hermosa y lujosamente ataviada. Luz en la sala; media luz en escena).

Príncipe.—*(El diálogo no dará comienzo hasta que se apaguen todos los rumores, y para ello puede prolongarse, cuanto se quiera, la situación de sueño).* ¿Dice que se ha extraviado?

Dama....—Sí, Alteza, perdón.

Príncipe.—Mi antecámara es inconfundible en Palacio. ¿No será un desafío de vuestra soberbia a mi humildad?

Dama....—¿Vos humilde, Príncipe?

Príncipe.—Conocía vuestro escarnio ante mi estado sentimental... Pero esta audacia.....

Dama....—Echarme si quereis; francamente, tenía ganas de representar una escena entre el Hada y el Gnomo.

Príncipe.—Mal hecho. Yo guardo en mis cuevas innumerables piedras preciosas. Si quereis cotizar vuestra hermosura.....¡elegid!

Dama....—El diamante de vuestra espalda. ¡Ja, ja, ja,!

Príncipe.—¿No bajásteis nunca a la plaza pública a desafiar el instinto sensual de los hombres? ¿Que-

réis que juguemos vuestra entrega a cara o cruz? Audacia por audacia ¿qué más da?

DAMA....—Basta. Estáis ultrajando mi orgullo de mujer.

PRÍNCIPE.—Os tengo a mi merced, y soy la bestia, como acostumbrais a llamarme. Aislados del resto de Palacio, vuestros gritos quedarán ahogados entre estas cortinas. Vuestro orgullo de mujer comete la inconsciencia de venir a mi cubil—también frase vuestra—porque creeis que la hermosura está inmunizada..; y es acicate de instinto. *(El Príncipe se acerca a ella. Está algo imponente en su exaltación. La dama va a gritar cuando él se apodera de su mano y vienen al centro de la escena; pero al ver que su rostro recobra la normalidad, dice asustada y vencida:)*

DAMA....—¿Qué váis a hacer?

PRÍNCIPE.—Nada temáis; me respeto demasiado para dominar por la fuerza. Sólo he querido daros una lección. Miradme bien. Mi joroba es la befa de la gente; y sin embargo soy irresponsable de mi deformación, como usted de su hermosura. Pero soy responsable de mis actos, porque tengo una voluntad y una inteligencia que saben comprender, y tolerar, y apiadarse de la impiedad de los otros.

DAMA....—¡Príncipe... perdón otra vez... déjeme salir!

PRÍNCIPE.—No, no, espere. Usted ha podido dominarme, a su capricho, y desde un principio me encontré con su desprecio. Se subió sobre el vértice de mi joroba, y quiso hacer un espectáculo de risa de la tragedia de mi vida; no tuvo una mentira piadosa para mí, que la quiero con toda mi alma.

DAMA....—¡Príncipe... por Dios... yo no...

PRÍNCIPE.—Es tarde para la mentira. Mi joroba es el centro del mundo, porque es la antena que recoge todas las maledicencias, todos los rumores de la multitud, sugestionada nada más que por las apariencias. Una vez quise huir de mí mismo; salí del Palacio; dormía la ciudad. Iba desesperado, a campo traviesa, deseando poderme libertar del círculo de hierro que me oprimía, cuando escuché voces. Me detuve; oí que hablaban de mí, y como siempre, escarneciéndome;

pero una voz dominó el tumulto censurando las críticas, y terminó diciendo: El Príncipe es la medida de sí mismo y de los demás.

DAMA....—¿Y entonces?

PRÍNCIPE.—Volví sobre mis pasos y me sentí feliz. Cerré mis oidos a todas las mordacidades, y este recinto fué el laboratorio de mi actividad espiritual e inteligente. Como no aspiraba a reinar, me hice Ingeniero, Abogado, dí a luz distintos trabajos científicos y el nombre del Príncipe se extendió y se pronunció con respeto dentro y fuera de mi Patria. *(Pausa).* Y seguí pensando en usted.

DAMA....—No puedo resignarme a esa idea.

PRÍNCIPE.—Ni yo se lo exijo. Seguí pensando en usted, porque hombre de grandes pasiones, no concibo las meras satisfacciones del instinto. Yo sé, tengo el presentimiento de que en mi vida ha de existir una mujer completamente sometida a mi voluntad. ¿Será la que yo espero? Yo me daré a esa mujer, a una idea, a una convicción. Estoy fatalmente condenado a quererla; pero como quiero la posesión absoluta, sin reservas, me contento con destrozarme el corazón ante su negativa explicable y demasiado humana.

DAMA....—No tome a burla mis palabras. Mis ideas se han modificado, y ya que no le puedo querer, aprendo a empezarle a respetar.

PRÍNCIPE.—Ha tenido en sus manos la voluntad de un rey, de un hombre y de un corazón. Probablemente volveremos a encontrarnos, y la vida trocará en realidad este sueño. Cierre los ojos. *(Se apagan las luces de la escena y aparece iluminada por el aparato de luz débil, luz cuyo color será indefinible y será una imagen aproximada de las palabras del Príncipe).* Vea: Esa es la luz del fracaso; las tinieblas lo envuelven todo: pueblo, majestades, bellezas. *(Pausa).* Si dentro de usted misma hay luces esplendorosas, nada podrá contra usted el maleficio de las tinieblas. *(Se apaga esta luz y se enciende el aparato contrario que tiene que inundar la escena de una luz muy blanca).* Ábralos. Esta es la luz que simboliza el triunfo. Este es el himno

a la vida, a la lucha, a la decisión, Pocos son los elegidos; pero como estas luces las encienden dentro de nosotros los ideales, una idea redentora, o una gran pasión, esos elegidos tienen algo de dioses, de héroes y de mártires.

DAMA....—Déjeme salir. Es muy grande vuestra humildad para luchar con ella.

PRÍNCIPE.—Si alguna vez, andando el tiempo, encuentra perpetuada la figura de un hombre contrahecho, piense en el Príncipe que pudo poseerlo todo, porque supo renunciar a mucho.... *(Una gran reverencia del Príncipe y mutis de la dama).*

(Vuelve a caer el telón interior para dar tiempo al Príncipe a colocarse en la situación inicial del prólogo. Un cuchillo de luz, enfocándole, va a darle de lleno en la frente, mientras cae rápidamente el

TELÓN

TRÁNSITO PRIMERO

Despacho del ingeniero de una fábrica. La dirección artística procurará que no falten detalles, como mesa de trabajo, teléfono de mesa, escuadras, compases, etc., etc. Al fondo, amplio ventanal, por donde se verá la silueta de grandes torres y chimeneas de una fábrica. Puertas practicables en los laterales. La acción transcurre en las últimas horas de la mañana. Al levantarse el telón aparecen en escena Helia y el Ingeniero, en actitud de terminar una conversación hace tiempo iniciada.

ESCENA PRIMERA

HELIA Y ADOLFO

ADOL. Bien, Helia. Quedas nombrada mi secretaria, puesto que ése es tu deseo; ten en cuenta que el trabajo será árido e intenso.

HELIA. ¡Pues si eso quiero! Ayudarte, cooperar a tu fama como ingeniero y a tu felicidad como hombre.

ADOL. ¿Otra vez? Te prohibo....

HELIA. Que te quiera ¿verdad? Pues te equivocas. Aquí me tienes dispuesta a pasar por la humillación de verme rechazada por tí. ¡Qué me importa! *(Transición).* Pero dime, dime, cuenta. ¿Qué has hecho desde que saliste de nuestra patria, antes de la revolución que destronó a tu padre? *(Distrayéndose).* ¡Qué alegre estoy, Adolfo! Pero, a ver, hombre, habla....

ADOL. Pues ya lo ves. Trabajar, luchar y vencer.

HELIA. ¡Qué pedantes sois los sabios! Trabajar, luchar y vencer. Una sentencia y se acabó.

ADOL. Me haces reir, Helia.

HELIA. Pues lo sé, sé que eres un genio. *(Adolfo sonriendo, niega)* y como ya te he dicho, cuando tu nombre y tu invento traspasaron las fronteras, yo seguí en la Prensa tu vida paso a paso, y en la primera oportunidad, corrí a tu lado.

ADOL. Voy a enseñarte la fábrica y a ponerte al corriente de tu cargo. Y después te presentaré al Director Gerente y a su hija, que viven también en las

proximidades de la fábrica. Vamos. Pero no, espera; voy a dar unas instrucciones al delineante. *(Toca un timbre y aparece en la puerta el delineante).*

ESCENA SEGUNDA

DICHOS Y EL DELINEANTE (SALE 2.ª IZQUIERDA)

ADOL. ¡Hola! Haga el favor. ¿Dónde tiene los datos que le mandé tomar? *(El delineante busca en la mesa unos papeles que presenta al ingeniero).*

DELI. Aquí están. Vea.

ADOL. *(Observando y haciendo cálculos por su cuenta).* Este dato está mal; la medida exacta es de veintidós treinta y cuatro, y el error es debido a que el ángulo lo han tomado desde el punto siete y debió ser desde el seis. ¿Tomaron bien esta altura?

DELI. Sí, la comprobé.

ADOL. No obstante la tomaré yo también ahora. De ella depende la exactitud de todo. Quédese un momento por si llaman por teléfono. ¿Vamos, Helia? ¡Ah, perdone! Le presento a mi nueva secretaria, la Duquesa Helia, mi compatriota, esperando que el respeto que sienten hacia mí, se extienda también a ella. *(Mutis de ambos después de una inclinación de Helia y del delineante. 2.ª derecha).*

ESCENA TERCERA

El delineante empieza a trabajar en la mesa y después de una larga pausa entrarán MARY, ANA Y JULIA

MARY. Oiga, ¿quién es esa joven que va con el ingeniero?

DELI. Su nueva secretaria, una duquesa de su país.

ANA. Artículo de importación... averiado.

MARY. No seas maldiciente, Ana. El ingeniero es un príncipe invulnerable...

JULIA. Que todo lo aprendió en los libros....

ANA. Y la secretaria es la página del estudio que empieza hoy.

MARY. ¡Qué mordaces sóis!

ANA. Si el experimento se hiciera con alguna de nosotras, la joroba nos parecería una mina.

JULIA. Por mi parte te cedo la explotación.
ANA. ¿Y decías que no sabías injuriar?
MARY. *(Dirigiéndose al delineante).* ¿A qué hora volverán por aquí?
DELI. No sé; pero no deben tardar.
MARY. ¿Quiere mandarme un ordenanza cuando regresen? Estamos en el jardín.
DELI. Bien. *(Mutis de Mary, Ana y Julia, 2.ª izquierda).*

ESCENA CUARTA

Vuelve a quedarse un instante solo el delineante, entrando luego

HELIA, EL INGENIERO Y EL DIRECTOR GERENTE

ADOL. ¿No hubo nada?
DELI. Nada.
ADOL. Gracias, puede marcharse. *(Sale el delineante, 2.ª derecha).*

ESCENA QUINTA

HELIA, EL DIRECTOR Y EL INGENIERO

ADOL. *(Dirigiéndose a Helia).* Mientras nosotros hablamos, compara estas estadísticas y anota las diferencias. *(Helia empieza a trabajar, pero cautivada por el interés de la conversación prestará a ella su atención, siendo necesario que su rostro retrate el optimismo o el abatimiento, que se corresponderán con el triunfo o el fracaso de las ideas de Adolfo).*
ADOL. *(Sentándose frente al Director).* Usted dirá.
DIREC. Imposible aumentar gastos. Las nuevas maquinarias pudieron adquirirse gracias a mis esfuerzos en el reparto de las diversas acciones. Sabe también que el capital de reserva se empleó íntegro en su invento. Ahora todo está ya calculado a base de los actuales gastos e ingresos, y aprobados con gran esfuerzo por el Consejo de Administración.
ADOL. Al entrar en la fábrica me ofrecí incondicionalmente, siempre que no se me pusieran limitaciones. Y el consejo accedió.
DIREC. El poder de un príncipe extranjero....
ADOL. Déjese de principados. Ofrecí un estudio cientí-

fico, a base de realidades, que fué controlado por otros ingenieros antes de resolver en definitiva.

DIREC. Muy bien, pero tenga en cuenta que los accionistas no piensan en el dinero hasta que no se les pide.

ADOL. Sí, lo comprendo. ¿Qué valor tienen entonces los dividendos fabulosos que se reparten? ¿Es que una vez en marcha las nuevas maquinarias, no se solicitan en gran escala las acciones de esta Sociedad?

DIREC. La posición de los accionistas es muy lógica. Tienen asegurado un dividendo casi fantástico, y temen perder no solo el dividendo, sino las acciones. Creer no es querer. Todos creen en su talento, pero quieren ante todo su dinero.

ADOL. Entonces me veo obligado a presentar la renuncia de mi cargo.

DIREC. ¡Por Dios! ¿Se hace usted idea...?

ADOL. ¿No fué esa mi primera condición en el contrato?

DIREC. Tengo autorización para aumentarle el sueldo.

ADOL. No quiero dinero para mí. Lo exijo para desarrollar mis planes. El aumento de capital que necesito, supone matemáticamente, por una parte el aumento en rendimientos y por otra la obligación moral de evitar que un centenar de familias se vean en la calle.

DIREC. Cosa que beneficiaría mucho a la Sociedad.

ADOL. ¿A cual? A ésta, o a la otra?

DIREC. No entiendo.

ADOL. Sí. No se puede desafiar impunemente a una colectividad. Yo trato de evitar la protesta inminente, y como resultado de ésta, la claudicación del Consejo y de usted, o la huelga, y esto sería horroroso.

DIREC. No, no; todo antes que la huelga. Nuevo dividendo pasivo, hipotecas, todo. La huelga nunca. Sería el derrumbamiento de la fábrica. Esta fábrica comienza su vida ahora mismo... Es necesario evitar... Es necesario prevenir... *(Pausa)*. Usted; pero ¿y usted? ¿por qué no resuelve, por qué no hace algo?

ADOL. Se contradice usted, amigo mío. Yo me coloco en medio de las dos intransigencias, cuya lucha

preveo, y dejo a su elección el bien mayor o el mayor mal.

DIREC. ¿Y no podríamos prescindir....?

ADOL. No. La ejecución de mis proyectos antes que todo; tenga en cuenta que es el engrandecimiento de esta explotación hasta hacerla la más poderosa del mundo. Mis proyectos son el resultado de inacabables horas de estudio, y en ellos están serena y lógicamente calculados la gloria para mí, ganancias fabulosas para ustedes y doctrinas legislables para humanizar las luchas sociales. *(Larga pausa).*

DIREC. *(Preocupado).* Será necesario exponer... Será necesario consultar... Voy a hablar con los consejeros y consultaré. *(Mutis del Director, 2.ª derecha).*

ESCENA SEXTA

ADOLFO Y HELIA

(Hay una larga pausa, durante la cual Adolfo se abstrae, y Helia le observa con ternura y cariño).

HELIA. Triunfarás, Adolfo, no te preocupes.

ADOL. No, no, Helia. Me molestan las negativas por sistema. ¡Qué fácil y qué difícil es ser bueno! Todo a nuestro alrededor canta el triunfo magnífico de la naturaleza y el esfuerzo asombroso de los hombres. *(De vez en cuando, aunque algo amortiguado, debe oirse el ruido de motores).* ¡Cómo canta la fábrica! ¿No sientes el aliento poderoso del titán? Es la canción del trabajo que eleva su himno a los cielos, para allí confundirse con la energía anónima y eterna. Me emocionan las fábricas. Cuando veo que en ellas todo respira, que todo tiene vida, estoy inclinado a caer de rodillas ante la materia, y me creo más cerca de Dios. Ve la fábrica, es el esfuerzo de varias generaciones... ¿Se hundirá todo esto, Helia?

HELIA. ¡Sálvalo tú!

ADOL. Yo tengo que salvarlo; me va en ello mi dignidad profesional, y mi orgullo de hombre. Pero esa intransigencia... No comprendo la lucha

cuando se trata de imponer una dominación que se cree superior. Siempre el egoísmo actuando en nombre de las jerarquías, que no debieran existir; el egoísmo del dinero, el egoísmo de una idea, que no puede ser idea, puesto que queda limitada por quien la quiere hacer triunfar sobre todo... Y no es eso la vida.

HELIA. Yo creo que sí, que ésa es la vida, que eso es la lucha.

ADOL. ¿Por qué la lucha, cuando la inteligencia puede ceder y la transigencia coordinar, y la tolerancia unirnos en la justicia y en la verdad?

HELIA. ¿Es que tú encontraste eso en los hombres? ¿Te bastó con llegar y decir triunfaré, para que te dieran el triunfo? Tu vida niega tus razonamientos, y la lucha justifica tu propio triunfo y la intolerancia ajena.

ADOL. Tienes razón; pero mi energía no es la energía de los débiles.

HELIA. Pues que saquen energías para luchar con las aves de presa. *(Pausa)*. ¿Por qué no renuncias a todo y volvemos a nuestra patria? Ya no eres el Príncipe, las críticas se humillarían a tu paso, y tu prestigio haría renacer la vida de aquél país, donde hacen falta hombres de tu voluntad y de tu entusiasmo.

ADOL. Sabes que toda mi gloria la cedería por empezar de nuevo y triunfar en mi patria.

HELIA. Vámonos. ¿Qué esperas?

ADOL. Mi puesto está aquí; preveo el conflicto que se avecina, y huir sería desertar de un deber de dignidad y quizá de humanidad.

HELIA. *(Llaman al teléfono)*. Sí, espere. *(A Adolfo)*. Tomás, el jefe mecánico solicita la entrevista de unos minutos.

ADOL. Bien.

HELIA. *(Al teléfono)*. Sí, puede venir. (*A Adolfo*). ¿No comprometes nada permaneciendo aquí?

ADOL. ¡Qué se yo! Puede comprometerse todo... El lugar donde se alza la fábrica me pareció antes una llanura asolada. *(Pausa)*.

HELIA. ¡Cómo canta la fábrica...! ¿No la oyes? *(Transición)*. ¿Dónde trabaja Tomás?

ADOL. En el primer pabellón. *(Mirando a la puerta).* Ya está aquí.

ESCENA SÉPTIMA

DICHOS Y TOMÁS

ADOL. Usted dirá, Tomás.

TOM. Los obreros tienen la atención de que conozca usted las bases que se presentarán al Director. (*Le entrega algo que Adolfo lee*).

ADOL. Me parece muy bien; pero hago un llamamiento a su sensatez y les ruego que transijan, hasta llegar a un acuerdo.

TOM. Ya sabe usted nuestra posición, que es conforme con las normas que usted dió en el acoplamiento del personal sobrante en las reformas de los viejos talleres, como también sabe usted que se aceptaron la rebaja transitoria de jornales y categorías que usted nos impuso hasta el desarrollo completo de sus planes.

ADOL. Estoy encantado de la corrección y prudencia que encontré en ustedes; procedan siempre de igual manera y el respeto a sus ideas será la mayor garantía de la paz social.

TOM. Con hombres como usted no habría conflictos. ¿Y de las reformas, hay algo?

ADOL. Por propia conveniencia deben acceder a ellas.

TOM. ¿Podríamos contar con usted, en caso contrario?

ADOL. Mis convicciones las impongo una vez nada más.

TOM. Entonces, sí ¿verdad?

ADOL. No, no. Declino ese honor. Estoy con la justicia, esté donde esté. Pero soy hombre de estudio y rechazo las efervescencias de toda lucha.

TOM. Usted con nosotros lo sería todo, don Adolfo.

ADOL. Yo no puedo ser más que una cosa: hombre y de acuerdo conmigo mismo. *(Despidiéndole).* Suerte, amigo Tomás.

TOM. ¿Me deja que le estreche la mano? (*Lo hace*). Usted lo ha dicho; ¡es usted un hombre!

ADOL. ¿Va al taller?

TOM. Sí.

ADOL. Pues voy con usted para que me ayude a comprobar una altura que tomó el delineante. (*2.ª derecha*).

ESCENA OCTAVA

HELIA, MARY, ANA Y JULIA

(*Helia, pausadamente, llegará hasta la puerta, e intranquila seguirá con la mirada a ambos personajes. Por la puerta contraria aparecerán Mary, Ana y Julia, tres muchachas distintas y un solo cinismo. Pequeña pausa, en que cambian miradas y sonrisas significativas*).

MARY. (*Sacándola de su abstracción*). ¡Señorita!
HELIA. ¡Ah, perdone!
MARY. ¿Es usted la nueva secretaria del ingeniero?
HELIA. Sí.
MARY. Soy la hija del Director Gerente. Mis amigas... (*Inclinación recíproca*).
ANA. ¿De modo que usted es la compatriota del Príncipe?
JULIA. ¿Duquesa...!
HELIA. Helia.
JULIA. Cuéntenos la vida del Príncipe ¿quiere?
HELIA. (*Prevenida ya*). ¿Por qué no?
MARY. Ande, sí. Tenemos grandes deseos de conocer la vida de este hombre extraordinario.
HELIA. ¿Pero no la ha contado él?
MARY. No sabemos. Generalidades, sí; Que hubo una revolución en su país, y tuvo que emigrar para ganarse la vida.
HELIA. Eso no es cierto. El Príncipe, de acuerdo con su padre, dejó su patria porque no quería reinar...
ANA. Claro. El Príncipe jorobado.
HELIA. Precisamente cuando iba a regresar, estalló la revuelta que destronó al rey. Ya no supimos nada de él, hasta que llegaron rumores de sus grandes triunfos aquí, que le colocaron a la cabeza de los grandes ingenieros. Se habló de su invento, de las grandes ganancias de la compañía explotadora... y nada más.
JULIA. ¡Qué poco!
ANA. El Príncipe será soltero ¿verdad?
MARY. ¡Qué mujer puede querer a un hombre así!
HELIA. El Príncipe es digno de todo, y sabe que hay una mujer.....

ESCENA NOVENA

DICHOS, LUEGO ADOLFO

MARY. ¿Y esa mujer es usted, duquesa? (*Adolfo, al escuchar las palabras de Helia, quedará detenido en la puerta, hasta que el diálogo le haga entrar en acción*).

ANA. ¿No le dará miedo salir con él? Yo creería llevar a mi lado un bufón.

MARY. Usted es demasiado hermosa para ser mujer de Polichinela.

ANA. A no ser que quiera usted ser la mujer de todos y tener una chepa que soporte todos sus excesos...

ADOL. Ana: Abajo la espera el cuarenta Renault del Conde, que soportará sus gastos y quizá los excesos de ambos... (*Dirigiéndose a Mary*). Mary: es usted una pobre criatura. (*Pequeña pausa*). Algo muy humano alentaba en mí, y otro algo inefable enlazaba mi humanidad con su divinidad. Un día cualquiera había de romperse el ídolo... Ya está quebrado... (*Con amargo desaliento*). Ya no me quedan más que mi joroba y mi corazón...

JULIA. Adolfo... Hemos cometido una crueldad inconsciente e inútil... Perdónenos...

ADOL. Inútil, usted lo ha dicho, como todas las crueldades y las pequeñas miserias.

ANA. No hemos querido...

ADOL. (*Adolfo no hace caso de las fingidas justificaciones. Tiene que desarrollar su pensamiento*). Mi corazón no puede amar, porque forma parte de mi protuberancia; pero mi inteligencia puede producir millones, puede suavizar la lucha, y hacer que se legisle humanamente, cristianamente... (*Exaltado y con desgarramiento*). Sobre todo se yergue mi deformación, y tengo que desterrarme a mi propia alma, donde lloro lágrimas de mi espíritu, porque no sé si mi joroba es mía, o es la vida misma que todo lo aniquila y envilece... (*Al empezar este parlamento, Mary, Ana y Julia, debieron iniciar el mutis, aver-*

gonzadas y vencidas por el trallazo y sinceridad de Adolfo).

ANA. *(Dirigiéndose a Julia).* Chica, nos echó encima su joroba, y es un peso excesivo.

MARY. Echalo a risa, pero nos mordemos los labios de rabia para que el ridículo no nos haga llorar. *(Mutis 2.ª derecha).*

ESCENA DÉCIMA

HELIA Y ADOLFO

HELIA. *(Al salir los personajes de la escena anterior, Helia, que desnudará su alma en esta y sucesivas escenas, correrá hacia Adolfo, en cuyo hombro quedará recostada).* Gracias, gracias Adolfo.

ADOL. Mis brazos te acogen fraternalmente.

HELIA. ¡Fraternalmente! ¿Para esto nada más he venido hasta tí?

ADOL. ¿Quieres ser otra víctima como yo?

HELIA. *(Llegando a las sublimes cadencias del amor, de la ternura y del dolor).* ¡No me querrás!... Pero no culpes al destino de ser implacable; degradas tu espíritu por una mala pasión...

ADOL. ¡Helia, criatura!...

HELIA. Pero tampoco te querrán. Ese es el grito de tu alma, y quieres matar a tu corazón con tu inteligencia. ¡Mentira, mentira! Buscas la inmortalidad, para ver si se cierran tus heridas, y lo que deseas es un corazón de mujer que inmortalice tu cariño... En mí ya eres inmortal... *(Con exaltación).* Pero yo no soy ese corazón... *(Apagada).* Es ella.., Mary...

ADOL. ¡Calla! ¡Te estás destrozando!

HELIA. *(Con ternura y amor infinito).* ¡Qué más me da, si para ser feliz me basta con mi cariño! *(Pequeña pausa).* ¡Qué bien se está aquí. Yo he realizado mi sueño de quererte! *(Pausa).* ¿Te acuerdas, Adolfo? Juntos recorríamos las estancias de Palacio; mayores ya, un día te zahirieron.. Miré tu joroba y sentí rabia de ella.. Otra vez cruzaron bajo tus ventanas unos obreros en huelga. A gritos pidieron tu joroba.. Por primera vez lloré de amor. Acudí a tu antecámara;

una lágrima brillaba en tus ojos, y tus labios disculparon.. Helia, me dijiste, ya sé pensar... Me abracé a tí.. Mis labios rozaron tu frente. En mi beso leiste piedad, ¡y era un beso de orgullo y de amor! ¡Llorando como ahora, te dije... Ya sabes pensar; pero no sabes ver, ni sabes querer... (*Vencida por el dolor y la amargura, cae de rodillas a los pies del Príncipe, y llora desesperadamente. El Príncipe conmovido y admirado no sabe pronunciar palabra. Aparece Mary quien se detiene, ahogando un grito de rabia, al ver el cuadro. El Príncipe la mira, y poniendo un dedo en los labios, reclamará silencio. Pausa larga. El rostro de Mary retratará sucesivamente la ira y lo que quieren ser celos, mientras empieza a caer muy lentamente el*

TELÓN

TRÁNSITO SEGUNDO

Salón despacho en casa del Director Gerente, en la misma fábrica. Dos puertas laterales, una de entrada y otra que se supone que comunica con la casa. Forillo: otra perspectiva de la fábrica.

ESCENA PRIMERA

HELIA Y EL DIRECTOR

HELIA. ¿Me hace el favor de firmar estas estadísticas? (*Presentándole unos papeles*).

DIREC. ¿De qué son?

HELIA. Unos estados comparativos de la producción desde el día en que el ingeniero se puso al frente de la fábrica?

DIREC. Iniciativa de usted ¿quizá? Es usted muy activa. (*Firma*).

HELIA. Estoy acostumbrada a trabajar.

DIREC. Las duquesas de mi país sólo piensan en divertirse.

HELIA. Magnífica ocupación.

DIREC. Yo soy partidario de que las duquesas, y doblemente si son hermosas como usted, no deben trabajar.

HELIA. Más bien que alguien trabaje para ellas ¿no?

DIREC. Claro.

HELIA. ¿Es un criterio, o es una injuria?

DIREC. ¡Duquesa!... Cómo va usted a suponer...

HELIA. Como estoy acostumbrada al acoso...

DIREC. ¿Ve usted? Es peligroso vivir así, a la ventura...

HELIA. ¿Cree usted que soy una aventurera?

DIREC. ¡Oh, no, perdón! Quise referirme a que la gente ve algo irregular en las vidas que marchan a grandes saltos, sin preocuparse más que de ellas mismas.

HELIA. ¿Y quién es el que se preocupa de los demás?

DIREC. Entiéndame. Helia. Usted me comprende. A todo lo que no es normal lo llamamos aventura, lo rodeamos de misterio...

HELIA. Sí, sí, y viene el juego peligroso de ustedes.

DIREC. ¿De mí?

HELIA. No quise decir de usted. Perdón a mi vez. Es que los afortunados, o los dominadores, juegan a la aventura con la duquesa, o con la modista, a sabiendas de que poco pueden perder. Y si ganan...

DIREC. Yo deseo ser amigo de usted. No me confunda, por Dios.

HELIA. Es que quiero que sepa de una vez a qué atenerse.

DIREC. No quiero saber nada.

HELIA. Y le agradecería que se ahorrara la más ligera insinuación; soy solamente una empleada más de la fábrica. *(Despidiéndose).* Buenas tardes. *(Recoge los papeles firmados).*

DIREC. Es usted demasiado susceptible, Helia. Me alegro de que sea usted un carácter, por si algún día tengo interés en domarle...

HELIA. Me parece que sus manos no sabrán sostener el látigo.

DIREC. ¿Ni mi puesto tampoco?

HELIA. Si usted mismo se dice la ironía ¡es usted también un carácter!

DIREC. Me parece que voy a tener que recordarle el misterio de su vida...

HELIA. ¿Sí? Ja, ja.

DIREC. Y la realidad con que se persigue una joroba.

HELIA. Que se le cae el látigo. (*Riendo*).

DIREC. *(Autoritariamente).* Señorita secretaria: el director manda a usted que un ordenanza diga a Tomás que le estoy esperando. Buenas tardes.

HELIA. El mandato será cumplido. *(Mutis por la puerta de entrada).*

ESCENA SEGUNDA

MARY Y EL DIRECTOR GERENTE

(El director permanece unos instantes solo en escena, paseándose azorado y luego se sentará en un butacón y empezará a leer. Silenciosamente entrará Mary por la puerta que comunica con la casa, y quedará recostada en el respaldo del butacón.

MARY. *(Con zalamería).* ¿Estorbo, señor director gerente?

DIREC. Todo lo contrario, hija mía. ¿Qué te trae por aquí?

MARY. Nada, verte. Así te doy gusto. *(Mary se sienta al lado de su padre, y permanece indecisa entre el deseo de abordar o no la conversación que quiere entablar).*

DIREC. Ya sabes que quisiera tenerte siempre a mi lado. Puedes distraerte con esas revistas, mientras yo sigo trabajando. Hoy se reune aquí el Consejo.

MARY. El caso es que... Papá, yo quisiera hablarte...

DIREC. Habla, hija mía.

MARY. Mírame, papá. ¿Crees que puedo ser feliz con el ingeniero.

DIREC. ¿Con Adolfo?

MARY. Sí.

DIREC. Adolfo es un hombre excepcional, y ya sabes toda mi admiración por este hombre, que nos ha hecho ganar millones. ¿Te dijo algo?

MARY. Indirectamente, un día que Ana, Julia y yo, nos burlamos del amor que siente por él su nueva secretaria. Y el caso es que también ofendimos a Adolfo. *(Bruscamente).* Es necesario que esa mujer salga de aquí.

DIREC. Veamos, Mary. ¿Tú le quieres?

MARY. Oh, papá.. No sé. No. Es decir, no sé. Desde aquel día siento que me atrae, no sé por qué, pero su presencia me domina, y al mismo tiempo me avergüenza... Es un ser ridículo.

DIREC. Entonces, no hablemos más. ¡No sintiendo simpatía hacia él...!

MARY. ¡Sí, sí.. Le admiro, papá, le respeto.. Es un hombre que a no tener esa joroba tan horrible...

DIREC. ¡Pues si esa es su grandeza, Mary; que hace olvidar su joroba! Hay veces que tengo que hacer un esfuerzo de imaginación para saber que la tiene sobre sus espaldas.

MARY. ¿Y el amor tampoco la ve?

DIREC. Es el primero que debe olvidarla, que debe no verla.

MARY. ¿Y el ridículo, y la gente?

DIREC. ¿Tú crees que la pasión es un corro de comadres?

MARY. Fíjate en que no es un ser natural..

DIREC. Tan natural es su joroba, como su genio; natural es todo en la vida, porque la vida lo produce. Hasta que no te entiendas contigo misma debemos dejar esta conversación..

MARY. *(Las distintas transiciones del parlamento que sigue, deberán ser muy bien interpretadas).* Pero papá si deseo.. quererle.. si casi le quiero, y hasta le odio... Sobre todo cuando trabaja con su secretaria. *(Pausa).* Ya te dije que esa mujer tiene que ser despedida de la fábrica... Si tú crees que hago mal uniéndome a él, me ayudarás a no quererle; porque yo no quiero quererle... Me hablas de su joroba, y te callas lo de su genio y su grandeza. *(Inicia el mutis).* Papá, papá, *(en la puerta ya)* ¿es que le quiero?

DIREC. Bueno; sujeta esos nervios, y déjame solo, pues los consejeros están al llegar.

MARY. Ya lo sabes. Lo que quiero es que esa mujer se marche de aquí.

DIREC. ¿Sin causa, Mary?

MARY. Las buscas.

DIREC. Nerviosidades no, hija mía.

MARY. ¡Papá!

DIREC. Anda, anda. Tranquilízate. *(Sale Mary, puerta lateral derecha. El director se entretiene ordenando algo en la mesa).*

ESCENA TERCERA

DIRECTOR Y TOMÁS

TOM. Un ordenanza me dijo que me esperaba usted.

DIREC. Leí las bases.

TOM. ¿Y qué ha resuelto usted?

DIREC. Yo no puedo resolver; el Consejo citado para hoy dirá lo que se ha de hacer.

TOM. ¿Pero su opinión personal?

DIREC. Hay una exigencia...

TOM. *(Interrumpiéndole).* Una base, nosotros no exigimos.

DIREC. Bien. Pues hay una base que me parece inadmisible, la cuarta, donde dicen que no habrá despido de personal.

TOM. Fué un acuerdo entre usted, don Adolfo y nosotros.

DIREC. Yo dije que se incluyera, pero sin acordar...

TOM. ¡Ah, vamos!; entonces lo hizo para ganar tiempo.

DIREC. Si ustedes hicieran concesiones...

TOM. Están hechas, señor director.

DIREC. ¿Cuales?

TOM. En la base octava decimos que el personal sobrante seguirá en la fábrica rebajado de sueldo y categorías hasta la solución de todo; nos avenimos a continuar así indefinidamente hasta que la sociedad vea el éxito económico de la reforma. Confiamos en el triunfo del ingeniero y nada nos importa sacrificarnos.

DIREC. Pronto hemos de saber en definitiva. *(Pausa larga. El director se levanta).* Amigo Tomás, he oido hacer grandes elogios de su inteligencia. Precisamente pienso crear un cargo de asesor técnico, incorporado a la dirección y nadie más indicado que usted.

TOM. Mis conocimientos no alcanzan a tanto...

DIREC. Sí, sí. El ingeniero no se cansa de admirar su competencia y es difícil que don Adolfo se equivoque.

TOM. Entonces la oposición a sus proyectos es... intransigencia... interés...

DIREC. No hablemos más de eso. Quedamos en que usted acepta ese cargo. *(Dándole palmaditas en el hombro).* Bien retribuido, más descansado, de más prestigio. Nada, nada, cosa hecha. Usted nos ayudará en todos los terrenos, y...

TOM. Yo le ruego al señor director que no me dé pié para que le falte al respeto. Yo puedo venderme, como usted y como todos, que eso es cuestión de precio o de jerarquías.

DIREC. Usted asciende, Tomás, nada más.

TOM. No, yo descendería si aceptara. Dar un salto apoyado en las espaldas de mis compañeros... Señor director, eso, no. ¿Manda usted algo más? *(Mutis por la puerta de entrada).*

ESCENA CUARTA

DIRECTOR Y CONSEJEROS 1.°, 2.°, 3.° y 4.°

(Los consejeros entran por la puerta que comunica con la casa).

DIREC. Señores, buenas tardes.

CON. 1.° Don Felipe no asistirá, y yo traigo su representación. Estamos cuatro de los cinco que formamos el Consejo y puesto que el tiempo apremia, podemos empezar.

DIREC. Bien.

CON. 2.° Sí.

DIREC. La reunión no es para nada nuevo. De lo que hemos hablado estos días se trata; del doble asunto ingeniero y obreros.

CON. 1.° ¡Mucho dinero! ¡Ríos de oro! ¡La inteligencia es más difícil de saciar que el hombre! No quiero hombres con tanto talento.

CON. 3.° Pero en nuestro caso...

DIREC. Ganamos.

CON. 4.° ¿Ganamos? Pero también exponemos.

CON. 1.° El tiempo apremia; vamos ordenar la conversación. *(Dirigiéndose al director)*. Usted hará el favor de exponer todo lo que haya.

DIREC. Muy bien.

CON. 2.° Pues empiece.

DIREC. El ingeniero insiste en sus reformas, argumentando que cuando tomó posesión del cargo aumentaron los beneficios y que después de instalar las nuevas maquinarias de su invención, el primer dividendo repartido triplicó los que se venían pagando, y que automáticamente las acciones experimentaron un alza de varios enteros.

CON. 4.° Todo eso es cierto.

CON. 2.° ¿No querrá la joroba de ese hombre aumento de sueldo?

DIREC. Se lo ofrecí y lo rechazó de plano.

CON. 1.° *(Al director)*. Continúe.

DIREC. Lo que quiere es la reforma completa de las viejas máquinas, pues dice que se resuelve así todo favorablemente; aumento de ganancias con la misma cantidad de primeras materias y apro-

vechamiento de los residuos que ahora se tiran. Todo esto le sirve para colocar a los obreros sobrantes con motivo de la nueva instalación.

CON. 1.° Es decir, que añade una nueva intranquilidad a la que causa por su intransigencia.

CON. 2.° (*Al director*). Siga usted ¿hay algo más?

DIREC. Todo esto lo justifica con razonamientos que me hacen dudar y hasta en ciertos puntos estar conforme con él, y que bien merece confianza quien desde un principio supo darla. Ahora, que, estoy completamente de acuerdo con ustedes.

CON. 3.° Un momento, señores. Creo que el ingeniero tiene razón, y por mi parte no veo inconveniente en acceder a sus deseos.

CON. 1.° Creo que se equivoca usted; una nueva emisión de acciones podría ocasionar una falsa alarma con las consecuencias de una baja brusca que nos podría comprometer.... Francamente, me da miedo.

CON. 3.° Me parece absurda la decisión que vamos a tomar. Por lo que pueda ocurrir, que conste con claridad mi posición favorable a la reforma.

CON. 1.° No cabe más que negar. Se le expone el caso al ingeniero y se le hace ver la imposibilidad de aceptar su reforma, aunque reconocemos su competencia, y la satisfacción que nos causa su trabajo.

DIREC. El caso es que el problema de los obreros está íntimamente ligado con el anterior; pues el personal que hay sobrante tiene que ser despedido.

CON. 1.° Indudablemente, se le despide.

CON. 3.° Eso es meternos en la boca del lobo, porque habrá conflictos.

DIREC. Claro, lo hay, y grande. Los obreros han sospechado lo que sucede, y nos amenazan si despedimos al personal sobrante.

CON. 1.° En resumidas cuentas...

DIREC. En resumidas cuentas, el ingeniero nos obliga por una parte a nuevos gastos exorbitantes, y por otra, los obreros que nos exigen el mantenimiento de un personal a todas luces innecesario.

CON. 1.° Pues es imposible conceder.

CON. 2.° Nada se puede aceptar.
CON. 3.° Acaban ustedes de votar la ruina de la fábrica. Voto en contra.
DIREC. ¿Quieren oir al ingeniero?
CON. 1.° Bien, avísele.
DIREC. (*Al teléfono*). ¡Ah, es usted! El Consejo le espera, venga. (*A los consejeros*). Ahora viene. Este hombre es irreductible y cuando tiene razón impone su criterio de manera definitiva.
CON. 4.° Entonces ¿para qué llamarle?
CON. 3.° (*Irónicamente*). Por si les convence a ustedes, que también son irreductibles.
DIREC. De todos modos, veamos; su despacho está al lado y poco tardará en venir.

ESCENA QUINTA

DICHOS Y EL INGENIERO

(*El ingeniero entra por la puerta que comunica con la fábrica*).

ADOL. (*Saluda y se sienta*). Estoy a sus órdenes.
CON. 1.° El Consejo, señor Menicoff, lamenta mucho tener que rechazar sus reformas.
ADOL. Lo esperaba, y no me sorprende; pero el egoísmo de los accionistas, o del Consejo, es la ruina de la fábrica.
CON. 3.° Esas son mis palabras. Muy bien. (*Rumores en los demás consejeros*). No sé a qué vienen esos rumores. Represento una opinión, tan racional como la de ustedes, y creo que este señor tiene derecho a saber que hay un consejero que está en absoluto identificado con sus proyectos.
ADOL. (*Agradeciendo con una inclinación de cabeza*). No hay más que hablar. Reitero el deseo de dimitir que expuse al director, y haré efectiva mi dimisión en el momento oportuno.
CON. 1.° De ninguna manera; eso no puede ser. No podemos aceptar su proposición.
ADOL. Sé lo que significan esas palabras; y como no se me puede engañar tan fácilmente, ni con promesas, ni con aumento de sueldo, mantengo mi decisión. ¡Si no tienen más que decirme!

CON. 1.° Nada más. *(Se levantan los consejeros).*
CON. 2.° Todo es imposible.
CON. 1.° Hasta luego, señores.
DIREC. Luego enviaré el acta para la firma. *(Dirigiéndose al Consejero 1.°).* ¿Le parece bien que intente por última vez el convencimiento del ingeniero?
CON. 1.° Usted no debe cejar en eso, y si lo consigue, creo que el agradecimiento de la Compañía no tendrá límites. *(Mutis de los consejeros por la puerta que comunica con la casa).*

ESCENA SEXTA

INGENIERO Y DIRECTOR

(Larga pausa que rompe el ingeniero muy despacio).

ADOL. La vida es una serie de sucesiones que yo califico de tránsitos. Corrió el primero, veloz, en el Palacio Real de mi padre. De fortaleza, de ilusiones, es este segundo que ustedes interrumpen hoy...
DIREC. Don Adolfo de Menicoff: su invento es el de un espíritu soñador y práctico a la vez. Más, tranquilícese. Aquí lanzó usted al viento su fama y aquí quedará su obra inmortal. Pero para inmortalizarse no basta un día, ni un año, sino toda una vida. Yo le ruego que siga al frente de la fábrica.
ADOL. No puedo. Me faltaría a mí mismo. La inmortalidad la da una inspiración que es la voz de Dios que recogemos de la naturaleza. Si aquí no encontré todo mi sueño, toda mi vida, voy a luchar con esa vida, voy a luchar con ese sueño... No puedo esperar.
DIREC. ¿Ni a que se resuelva la cuestión de los obreros?
ADOL. No soy intransigente. Pero en el tiempo que esto pueda durar, deben ustedes buscar ingeniero.

ESCENA SÉPTIMA

DICHOS, MARY Y HELIA

(Mary y Helia entran por distinta puerta y con pequeño intervalo. Primero Mary).

MARY. Escuché desde ahí, papá ¿qué pasará?
DIREC. Nada, no te preocupes; a esa gente la dominaremos. *(Entra Helia).*
HELIA. *(Desde la puerta)*. Ví salir a los consejeros. No aceptaron ¿verdad?
ADOL. No; era inevitable.
HELIA. Inevitable, tienes razón. La ambición no puede producir nada bueno.
DIREC. ¿La ambición de quién?
HELIA. De quien se equivoca por el interés, por el egoísmo o por la pasión.
MARY. ¿Y qué interés tiene usted...?
HELIA. El de defender mi pasión contra todas, y sobre todo contra la vanidad de quien miente un sentimiento para destruir lo mejor de ella misma.
MARY. Me parece mucho su atrevimiento.
HELIA. Aprendí la lección de usted.
DIREC. Basta.
HELIA. Basta, sí; ahí está el hombre que convirtió en oro la idea, y se encoge de hombros ante todo, porque quien supo vencer siempre, forzosamente tiene que ser vencido por lo mismo que creó.
MARY. ¡Pobre mujer; cómo desvaría usted!
HELIA. Como nos hace desvariar la vida, mejor.
ADOL. Quien desvaría con la razón, bien puede hacerlo.
MARY. ¿Luego aplaude?
HELIA. No; él ve nuestras limitaciones de muñecos, debatiéndose entre las garras de las que siempre seremos presa, y juzga que así debe de ser, que así tiene que ser, porque la imperfección es mucha, y el mérito escaso.
DIREC. Me parece una conversación inútil. Adolfo, pasemos a su despacho; se me ocurre una solución. Es cuestión de minutos.

ESCENA OCTAVA

DICHOS Y TOMÁS

(Al ir hacer el mutis el ingeniero y director, entra rápidamente Tomás).

TOM. Perdonen... Toda la fábrica ha estado pendiente del Consejo, y como vieron salir a los consejeros, los obreros quieren saber...

DIREC. No es este el momento oportuno de dar explicaciones.

MARY. Dichosos obreros, para qué existirán.

HELIA. Quizá para que exista gente ociosa.

TOM. Perdón otra vez, señor director. No debemos dar lugar a un espectáculo... Usted y yo podemos evitarlo.

DIREC. ¿Yo?

TOM. Usted me dice lo ocurrido, y yo con mi autoridad sobre ellos puedo contenerlos hasta que la solución recaída se dé oficialmente.

DIREC. No puedo parlamentar con usted. Entre usted y yo hay un intermediario.

TOM. El ingeniero; lo sé, pero vea que mi incorrección está justificada. Es la tranquilidad de todos la que está en juego.

ADOL. Desde hace unos minutos soy el ingeniero dimisionario.

TOM. ¿Luego entonces...?

DIREC. Ya lo sabe usted todo.

TOM. ¡Qué lástima de hombre y qué lástima de fábrica!

DIREC. Puede usted retirarse. ¿Vamos, don Adolfo?

ADOL. *(A Helia)*. Recoge esos documentos de la mesa. Vuelvo en seguida para marcharnos juntos. (*Mutis del director y don Adolfo por la puerta de entrada*).

ESCENA NOVENA

MARY, HELIA Y TOMÁS

TOM. (*Después de una pausa y mirando a las dos mujeres*). Todo está perdido.

MARY. ¿Quieren salvarlo? Pues cedan.

TOM. Cedimos lo humanamente posible, señorita Mary.

HELIA. Si esto se viene abajo, no les preocupe. Son irresponsables.

MARY. Entonces ¿de quien es la culpa?... ¿de papá?

TOM. Quizá tampoco. Pero si quiere que conserve todo su prestigio, aconséjele que dimita. Los consejeros cederían.

HELIA. Es posible, Tomás; es posible.

MARY. (*Despectivamente*). ¿Y quien es usted para hacerme a mí...?

TOM. (*Interrumpiéndola*). Compréndame, señorita Mary. No es una imposicion, es... verá usted: (*emocionado*). Acostumbrado a hablar entre mis compañeros, ahora no encuentro palabras...

HELIA. Está emocionado, Tomás.

TOM. Completamente, señorita Helia. (*Pausa*). La fábrica es el resumen de mi vida, toda mi vida; la miro y me parece imposible que todo vaya a paralizarse.

HELIA. Todavía no hay que ser pesimista, Tomás.

TOM. La fábrica es el trabajo, el deber del hombre, trabajar, trabajar con entusiasmo, con alegría, sin sentir cansancio. Trabajando me creo bueno, me hago solidario de la riqueza que produzco, y soy rico también. Es curioso ¿verdad? Pues así es, río sin querer, porque todo a mi lado ríe. Es el trabajo, la canción humana de millones de seres.

HELIA. Muy bien, Tomás. Todos los que trabajamos sentimos esa grandeza.

TOM. Y cuando se trabaja con un hombre como don Adolfo, entonces el trabajo es religión. Ya no se puede expresar con palabras. Cuando entra en los talleres estamos pendiente de su gesto, de su voz; nadie habla y hasta parece que los motores suavizan sus ruidos. Es la ofrenda del trabajo, al trabajo genial del hombre que todo lo ennoblece y lo anima.

MARY. Y sin embargo, quieren hacerle su víctima.

TOM. ¿Víctima don Adolfo? Es el que se salva de todo. Su dimisión es una catástrofe para la fábrica.

HELIA. Y para el trabajo.

TOM. Y para el trabajo. Con su permiso, me marcho a mi obligación. *(Mutis puerta de entrada).*

HELIA. Adiós, Tomás. y no desespere.

ESCENA DÉCIMA

MARY Y HELIA

HELIA. Es un hombre despejado este Tomás. Tiene tacto, sabe situarse.

MARY. ¿Es un hombre también interesante, Helia?

HELIA. Dicho así... no. Le ocurre lo contrario que a usted, que le falta el tacto.

MARY. Tampoco sé situarme ¡qué desgracia! ¡Claro, no sigo los pasos del ingeniero..! *(Helia sonríe)*. ¿Se ríe? El ingeniero puede necesitarla siempre...

HELIA. Maneja muy bien la ironía...; para lo que ha supuesto, más bien la necesitará a usted.

MARY. ¿Qué quiere decir?

HELIA. Mary ¿quiere que hablemos de mujer a mujer?

MARY. ¡Pchs! Lo hacemos siempre.

HELIA. Entonces.... Mary, le ruego humildemente que renuncie al Príncipe.

MARY. Nada sé de sus intenciones.

HELIA. El Príncipe sólo espera una oportunidad de vuestra parte.

MARY. Pues tendrá esa oportunidad; pero antes, no puedo renunciar a lo que no poseo.

HELIA. Posee usted muchas cosas, hasta el secreto de escarnecer.

MARY. ¿Sabe usted con quien habla?

HELIA. Con una mujer, y humillándome, si eso satisface su orgullo, vuelvo a pedir que renuncie a Adolfo.

MARY. Libremente vino hacia mí.

HELIA. Pues eso pido de usted, su libertad. Usted es capaz de sacrificarse por satisfacer su vanidad.

MARY. O mi amor.

HELIA. Si yo pudiera quedarme con su joroba, le cedería la grandeza de Adolfo, convencida de que nada limitaría entonces su felicidad.

MARY. ¿Ni aún mi voluntad?

HELIA. Su voluntad, como la mía, es una pobre cosa frente al dominio del Príncipe.

MARY. ¡Qué ridículo me parece su sometimiento! ¿O es que no se atreve a luchar?

HELIA. Mi alma está dispuesta para la lucha, pero no mida sus fuerzas conmigo.

MARY. ¿Por qué?

HELIA. Porque si en la agonía de mis esperanzas salgo derrotada, aún tengo energías en mi alma, para esperar en silencio a que retorne del hastío de su cuerpo. No me asusta nada..,; yo la toleraré todo; porque ahora quiero luchar y vencer. Ya somos iguales.

ESCENA UNDÉCIMA

DICHOS Y ADOLFO

(Adolfo medirá con la mirada a las dos mujeres).

ADOL. ¿Estamos listos, Helia? Recoge esto y vámonos. Nada se consiguió.

HELIA. Acabo en un momento. *(Prepara la cartera entrando en ella todos los documentos).*

MARY. Le encuentro preocupado, Adolfo.

ADOL. ¡Bah! Todo pasará, Mary. Estoy acostumbrado a vencer obstáculos insuperables y estas resistencias, sin explicación lógica, me malhumoran.

MARY. ¿Y no hay nadie que alegre ese malhumor? *(Pausa. Adolfo la mira fijamente, inquiriendo el sentido de la frase).* Le veo casi siempre tímido a mi lado; huye usted de mí, cuando tan deseosa estoy de su sabiduría. *(Helia mira anhelante la escena e inicia el mutis. Cada frase será un latigazo sobre su pobre alma atribulada, que con pasos de dolor medirá la distancia que la separa de la puerta).*

ADOL. ¿Y del hombre también, Mary? ¡Míreme! ¿Del hombre también?

MARY. ¿Por qué no? ¿Qué culpa tengo yo de su timidez?

HELIA. *(Volviéndose desde la puerta transfigurada y soberanamente audaz).* ¡Eso, no... eso, no! *(Volviendo a escena).* Hay algo más en la vida que esa miseria que despierta el instinto, porque hasta el instinto puede ser hermoso, a condición de que no haya ni indignidad en la mujer que se ofrece, ni ultraje para la propia estimación. *(Pausa desconcertada).*

MARY. Nos habíamos olvidado de usted. ¡Es triste despertar a una realidad tan desconsoladora ¿verdad, duquesa?

HELIA. El Príncipe es la medida de sí mismo y de los demás. *(Pausa al ver que hace el efecto apetecido).* ¿El Príncipe? *(Pausa).* No. *(Otra pausa).* La joroba del Príncipe... *(El Príncipe humilla la cabeza, queriendo ver dentro de él mismo, y aclarar el misterio de Mary, a quien mira luego fijamente; Mary la sostendrá un*

momento, para bajarla por último vencida. Helia se acerca a Adolfo, y, temblorosa de humildad, de emoción y de cariño, dice): Toda mi alma se ha sentido ultrajada por el ultraje de mi frase... Perdón, Adolfo... El amor no nació para tí, como tampoco nació para mí... Huye... Tu patria te espera.

MARY. No, nunca, Adolfo. Aquí para siempre. *(Adolfo permanece inmóvil).*

HELIA. El amor nació para usted. Usted le tendrá, pero no es el amor del Príncipe. Huya también... Huyamos todos.... cada uno por su lado. Príncipe de mi amor y de mi vida ¿oyes el rumor de la libertad?

TELÓN RÁPIDO

TRÁNSITO TERCERO

Una gran explanada al lado de la fábrica, con perspectiva de una gran ciudad al fondo derecha; la fábrica se supone a la izquierda. Ruidos característicos de vez en cuando. A la derecha, y oculta al público, una luz de la fábrica. Todo el resto de la escena en penumbras.

ESCENA PRIMERA

HELIA Y DIRECTOR

(La escena está sola un momento y cruzan en sentido opuesto, el director que sale de la fábrica y Helia que se dirige hacia ella).

DIREC. Haga el favor, Helia.
HELIA. ¿Qué desea?
DIREC. ¿Sabe el peligro que nos amenaza?
HELIA. Oigo los rumores, sí.
DIREC. Sería menester que Adolfo depusiera su actitud.
HELIA. A mí me parece que son ustedes los intransigentes.
DIREC. ¿No vería usted con gusto el triunfo del ingeniero?
HELIA. ¿Encontró usted la fórmula? ¡Por fin!
DIREC. Pues bien, yo tengo en la mano ese triunfo.
HELIA. Hable, hable.
DIREC. Ahora, que la fórmula está en usted.
HELIA. ¿En mí?
DIREC. En usted, porque su cariño hacia él...
HELIA. ¡Ah!...
DIREC. Adolfo está ciegamente enamorado de mi hija.
HELIA. Sí, es verdad.
DIREC. ¿Por qué insistir en una cosa imposible?
HELIA. Es usted el domador.
DIREC. Helia...
HELIA. Qué bien maneja usted el látigo.
DIREC. No me recuerde esas palabras dichas en un momento de estupidez.
HELIA. Bien, ¿y luego?
DIREC. Usted pasa de la secretaría del ingeniero, a la

dirección administrativa de la fábrica, ¿comprende?

HELIA. No...

DIREC. ¿No comprende?

HELIA. No es usted el domador que yo había soñado. Acabo de quitarle el látigo de las manos y es usted un miserable acorralado en la jaula, y tiene usted horror a morirse del miedo... de ser tan cobarde.

DIREC. Pues bien, sí, soy el domador. Quiero demostrarla que está usted a mi albedrío y que todo su orgullo es a lo mejor una comedia para cotizarse mejor.

HELIA. Ni mi moral ni mi sensibilidad padecen por sus palabras; pero quiero ser yo la que diga la última. Las duquesas de mi país acostumbran a llevar consigo su salvación. *(Abre el bolso y extrae una pistola de señora, acciona con ella y el director retrocede)*. Para los hombres es un juguete, para una mujer que quiere salvarse es la dignidad. Con príncipe y sin príncipe, sé luchar, porque sé vencerme. *(Le tira la pistola y hace mutis por lateral izquierda. El director queda acobardado un instante; por fin reacciona, recoge la pistola y sale por el lado contrario)*.

ESCENA SEGUNDA

MARY, ANA Y JULIA

(Entran charlando animadamente por la derecha).

ANA. ¿Y tu príncipe? ¿Le ataste de pies y manos?

JULIA. Yo no me engañaría a mí misma, Mary.

ANA. Estás jugando a no quererle.

MARY. Como tú con tu conde.

ANA. No es igual. Mi conde es completamente idiota y haré lo que yo quiera.

MARY. Eso sí, con Adolfo no se puede jugar. Ya lo veis, hace ocho días que me huye.

JULIA. Y ahora eres tú la que le buscas.

MARY. No, mujer.

ANA. Sí, sí, Mary. ¿Por qué sientes ese odio hacia la duquesa?

JULIA. Pues por celos; porque el príncipe, aunque no quieras, te atrae.

ANA. Porque le quieres, boba.

MARY. No sé. No acabo de poner en claro mis sentimientos.

ANA. Le tragarás con joroba, ya lo verás. *(Pausa y transición)*. Bueno, bueno, se acabó la seriedad. ¿No habrá por aquí alguien con quien divertirnos?

JULIA. ¿Quieres que hagamos otra vez el ridículo?

MARY. No está esto bien, Ana.

ANA. Chica, te desconozco. Antes eras tú la primera en burlarte hasta de tu sombra. *(Mirando a lo lejos)*. Por allí viene un obrero. Yo le pesco, ¿hace?.

MARY. Allá tú.

ANA. Pero me ayudareis ¿eh?

JULIA. Sí, sí, cuenta conmigo. *(Ana y Julia se acercan al foro como buscando a alguien. Por la derecha llega Adolfo que se detiene contemplando la escena, sonriente)*.

ANA. ¡Qué rabia, todos pasan de largo!

JULIA. Allí, Ana; aquel del cántaro. Pero anda, si va a la fuente.

ESCENA TERCERA

DICHAS Y ADOLFO

ADOL. ¿Siempre en plan de combate, amiguitas?

MARY. Me asustó usted.

ANA. Hola, Adolfo.

JULIA. Adolfo...

ADOL. Les he estropeado el plan ¿verdad?

MARY. Son más locas, no les haga caso.

ANA. Por completo, otra vez será.

ADOL. Eso, otra vez. Paciencia.

ANA. Y qué vamos a hacer. Nos aburrimos...

ADOL. Civilizarse.

ANA. ¿Tan bestias somos?

MARY. Tan inconscientes.

JULIA. Hazte la mosquita muerta.

ANA. Ni más ni menos; era antes la peor.

ADOL. Es que también se civiliza.

ANA. Como que te ibas a escapar.
JULIA. Eso, eso, la civilizan los celos.
ADOL. ¿Los celos?
ANA. ¿No sabe que está leyendo un cuento de Hadas?
MARY. Cállate, Ana.
JULIA. Sigue, sigue.
ADOL. A ver, a ver... cuéntenme. Es interesante. Un cuento de Hadas... Habrá un príncipe...
ANA. Cierto; como usted.
ADOL. Y habrá amor...
ANA. Continúele, continúe el cuento.... Y vámonos. Julia.
JULIA. *(Cómicamente)*. Vamos también en busca del príncipe.
ANA. Cuando lleguen al final, avisen. Pero que no sea vulgar ¿eh? Sobre todo, eso, que no sea vulgar. *(Mutis izquierda)*.

ESCENA CUARTA

MARY Y ADOLFO

(Pausa larga, durante la cual se observan mútuamente).

MARY. ¡Oh, Adolfo! Al fin le encuentro.
ADOL. ¿Me buscaba? Acabo de llegar de la ciudad. ¿Qué desea, Mary?
MARY. No sé como decírselo; tiene usted un carácter tan suyo... que no me atrevo.
ADOL. No tema pedir cuando haya justicia en su petición.
MARY. ¡Justicia, justicia! ¿Ve usted? Ya habla usted en plan de gran hombre.
ADOL. Bien pequeño soy para...
MARY. ¿Para mí?... Se equivoca usted, Adolfo.
ADOL. Para todo iba a decir; pero puesto que usted se adelantó, bien dicho está.
MARY. ¿Lo ve usted? Nunca puede equivocarse. *(Pausa)*. Han cambiado tanto las cosas.
ADOL. Las cosas, cierto; que uno no puede nunca cambiar.
MARY. Y una también, no crea... ¿Por qué es usted así, tan huraño?
ADOL. No sé. Yo creo que siempre fuí lo mismo; son

las gentes las que reflejan en uno sus sensaciones, y vemos el odio, el dolor, la burla.

MARY. La ternura, el amor... *(Procúrese que Mary dé la espalda al príncipe).*

ADOL. La ternura, el amor... Bellas palabras para ser dichas por un hombre normal en los oídos propicios de una mujer que aguarda al amor, que sueña con el amor, y oye el murmullo de su alma y la angustia de su cuerpo, porque es el amor quien habla, y la angustia del amor la que enlaza las manos, y clava los ojos en los ojos y los labios en los labios....

MARY. Adolfo... Príncipe...

ADOL. Que bien habla el amor, Mary. Quien pudiera llegar al abismo de la pasión, donde la tierra es cielo, y las luces estrellas, y el alma de la amada es el alma del mundo, porque no hay mundo ni vida, sino una eternidad, un silencio de eternidad, que tiene nombre de mujer y es un llanto tembloroso de mujer y de amor...

MARY. ¡Qué bien habla el amor! *(Pausa).*

ADOL. Las risas del amor son perlas, que en la noche perfumada y silenciosa fabrican los Gnomos, y por eso las sonrisas de la mujer son luminosas y vencen a las luces, a los cielos... *(Con triste realidad)* y a los Gnomos. *(Pausa).*

MARY. Hable... Hable más.

ADOL. Míreme, Mary.

MARY. No, no; por favor, hable.

ADOL. No se burle del amor; si no le siente, huya del hombre que le encarna, que el amor necesita de esas huídas tanto para vencer como para desengañar.

MARY. Para vencer.

ADOL. O para desengañar. *(Llegan rumores confusos de la fábrica. Por el fondo cruzarán siluetas aisladas de obreros, procurándose que lo hagan en las pausas para no interrumpir el diálogo. Al decir Adolfo las últimas palabras hará girar a Mary y quedarán frente a frente. Mary quedará entristecida. La grandeza del hombre choca con la giba imponente y Mary no puede resistir la comparación).*

MARY. ¡Qué pena, Adolfo!

ADOL. ¡Se ha roto el encanto! (*Pausa y luego con inspiración amarga e irónica*). Los títeres han llegado a la plaza del pueblo; a tambor batiente se congrega la muchedumbre, y todo es algazara en la ingenuidad y sencillez en la buena gente. Trabajan los artistas... Ahora el cornetín reclama silencio, bate el tambor, desafina el clarinete. Salta a la pista un ser indefinible, patizambo, con dos chepas monstruosas, agitando sus cascabeles. Un grito de horror se escapa de todos los pechos... El bufón, inmutable, empieza su trabajo. El arte cautiva a las gentes; suenan las risas, y los aplausos después. Colocan una caja en el centro de la plaza; el bufón da un salto mortal, y desaparece en su fondo. Poco después vuelve a salir vestido de frac, trocado en un ser hermoso. El público silba defraudado, y el artista escapa entristecido por su fracaso como hombre perfecto. (*Pausa embarazosa y prolongada. Ahora se oyen con toda claridad los rumores que llegan de la fábrica*).

MARY. (*Asustada*). ¿Qué es eso, Adolfo?

ADOL. No sé; habrá llegado a la fábrica la noticia de que se rechazan mis reformas.

MARY. No, no. Sacrifíquese. Papá no vive, el pobre; haga algo por nosotros.

ADOL. ¿Qué hacen por mí?

MARY. Yo le ruego, Adolfo, por el amor que me tiene, y que yo sabré corresponder... que nos salve.

ADOL. Nos salvaremos todos.

MARY. ¿Sí? Gracias. ¿Cómo?

ADOL. Con la verdad. (*Entra Helia que oye la frase final.*

ESCENA QUINTA

DICHOS Y HELIA

HELIA. (*Entrando*). ¿Y yo también, Adolfo? ¿Dónde está mi verdad?

ADOL. En tí misma, Helia.

HELIA. En la cueva del gnomo hace falta una mujer...

MARY. (*Con burla*). Y va de cuento.

HELIA. Ya ha descendido a la cueva; ya no impera en ella el ente imaginario que imponía el terror, pero el gnomo vé que su inteligencia enferma,

que las esmeraldas palidecen, y al contacto de sus dedos los diamantes se vuelven carbones y los rubíes destilan sangre. Un cuerpo de mujer envenena el centro de la tierra... El armiño huye del fango, y el gnomo sale en busca de amor, de espíritu y de libertad. ¡Todos sus tesoros se los han robado!

ADOL. Mentira, mentira...

HELIA. Esa es tu verdad, esa es la verdad.

MARY. Defiéndese, Helia. (*Al príncipe*). Defiéndete tú. (*Iniciando el mutis*). Yo ya pasé la mano por la joroba que da la suerte, y voy a esperarla con toda tranquilidad. (*Final del mutis. Adolfo intenta seguirla*).

HELIA. Ahora no. Ayúdame a esconder tus tesoros en la gruta de la vida, que es el dolor, para que aprendas a ser todo tuyo. (*Con exaltación y dominio*). Mereces la supremacía de los dioses. Hoy empieza a alumbrar el sol.

ESCENA SEXTA

(*Adolfo va al fondo y mira a la fábrica. Los rumores crecen y se apagan. Suena una campana. Adolfo pasea su mirada por toda la escena y aparecen los dos obreros*).

ADOL. ¿Qué ocurre, muchachos?

UN OBR. Lo que se esperaba, don Adolfo.

OTRO. Doscientos hombres en la calle.

ADOL. ¿Y Tomás?

UN OBR. Ahí está tratando de apaciguar a la gente.

OTRO. Yo voy a dar una orden al Sindicato (*2.ª derecha*).

ESCENA SÉPTIMA

ADOLFO Y HELIA

HELIA. ¿La huelga, Adolfo?

ADOL. No sé, Helia; haremos esfuerzos para evitarla. Esta gente es muy sensata, y quizá pudiéramos convencerlos.

HELIA. Ahora soy yo la que maldice esta lucha inútil; tus esfuerzos caerán por tierra... No, no. ¡Qué angustia siento! (*Acude a sostenerla*).

ADOL. ¿Qué tienes, mujer? ¡Helia, Helia!

HELIA. Ya estoy otra vez al amparo de tus brazos; no me abandones ya. Toda la energía que creía tener, cae vencida por el peso de mi corazón que no quiere verte sufrir ni luchar estérilmente.

ADOL. Hay que ser fuertes, Helia; además, esta lucha para nada nos afecta.

HELIA. Si tú supieras de lo que soy capaz por tí... porque no te puedes imaginar lo que es la tortura de querer sin esperanzas... *(Pausa)*. Te quiero a despecho de todo, sobre la vida y sobre la muerte; sobre tu genio o sobre tu joroba.

ADOL. Sobre mi joroba, sobre mi única cosa repulsiva; ama a este pobre contrahecho que te eleva sobre su vida como bandera heroica... porque tú eres la paz, Helia escarnecida, y a tu sombra vengo a reposar de mis derrotas... ¿oyes?... de mis derrotas de amor.

HELIA. Si... descansa... Vencida y humillada por tí, aquí me tienes...; tuya soy. *(Pausa y transición)*. ¿Tuya?... No, miento; se puede amar o maldecir, pero hacer escarnio del sentimiento que anima y justifica, no tiene perdón. Huye con ella, entrégate a esa mujer, y regresa con tu cuerpo hecho jirones, que todos los senderos son buenos para volver del mal.

ADOL. Helia ¿eres tú la que habla?

HELIA. Yo, yo. ¿Es que no puede dominarme la pasión?

ADOL. ¿Pero así, de esa forma?

HELIA. Sí; así... La pasión salvaje, de fiera, donde ya no hay más que instinto, y las palabras son rugidos, y las ideas blasfemias, y el amor y la carne hay que disputarlos a latigazos, para acabar riendo, eso es, riendo a carcajadas, ja, ja, ja, con el corazón ja, ja, ja, ja. *(Pausa. Recobrándose)*. ¿Qué he dicho, Adolfo?

ADOL. No sé.

HELIA. ¿He hablado yo? Si no es posible ¿Qué he dicho?

ADOL. Nada, Helia... Hablaste de un sendero perdido, de la ternura que rebosa en tí...

HELIA. ¡Es verdad, es verdad!... El sendero de la ternura, de la bendita ternura de la mujer, donde el amor puede dormir en paz y renunciar en paz,

entre lágrimas y silencios. *(Llora con naturalidad).*

ADOL. Así, mujer.

ESCENA OCTAVA

DICHOS Y DOS OBREROS

(Son los obreros que regresan de su comisión cerca del Sindicato. Entran atropelladamente con dirección a la fábrica, pero al ver a Adolfo se dirigen a él).

UN OBR. Ahora veremos quien puede más.

OTRO. Ya está votada la huelga.

ADOL. ¿La acordó el Sindicato? *(Helia da muestras de gran inquietud).*

UN OBR. Sí.

OTRO. Traemos las órdenes. *(Mutis de los dos 2.ª izquierda).*

ESCENA NOVENA

HELIA Y ADOLFO

HELIA. Vamos, Adolfo. Vámonos hasta que pasen estas horas. *(Adolfo mira a la fábrica).* ¿No me oyes?

ESCENA DÉCIMA

DICHOS Y TOMÁS

(Tomás entra por la izquierda)

TOM. Don Adolfo, esto es la ruina. Estamos a su disposición.

ADOL. Gracias por esa confianza. Estoy tranquilo. Cumplí con mi deber y ustedes también. Una fábrica que se hunde sin razón. Nada más.

TOM. Acabo de recibir las órdenes del Sindicato, pero me dan atribuciones reservadas y por eso le dije que usted manda.

ADOL. Quisiera conocer esas atribuciones.

TOM. El comité conoce al detalle su obra. Ingenieros afines con nuestros ideales estudiaron sus proyectos calificándolos de excepcionales, y...

ADOL. Creo adivinar. ¿Me permite que siga yo?

TOM. Hable.

ADOL. Y ustedes, a quienes echan en cara el materialismo de sus ideas, quieren salvar mis proyectos...

TOM. *(Interrumpiéndole).* Y renunciamos a la huelga.

ADOL. *(Emocionado).* ¡Admirable, admirable! *(Pausa grande).* He aquí el segundo en que la verdadera inmortalidad roza las frentes. *(Queda abstraído).*

TOM. *(Sacándole de ella).* La orden, don Adolfo.

HELIA. Dásela.

ADOL. Ahí fuera se agita la vida. Aquí, la idea acaba de hacerse luz y...

HELIA. La orden, Adolfo. El tiempo apremia. Dásela. Es tu triunfo.

ADOL. Tú lo has dicho. La idea tiene que sufrir el martirio de la vida, pero sin claudicaciones. Tomás: cumpla con su deber de hombre.

TOM. Por eso estoy aquí.

ADOL. Pues entonces, cumpla con su deber social,

TOM. ¿Esa es la orden?

ADOL. Sí.

TOM. Se cumplirá. *(Mutis izquierda).*

ESCENA UNDÉCIMA

HELIA Y ADOLFO

HELIA. ¿Qué has hecho?

ADOL. Tu pobre corazón no puede comprender. Nunca he sentido le serenidad de esta hora.

HELIA. Pero ¿y la fábrica?

ADOL. La fábrica está ahí *(señalando),* vive, no habrá poder que la destruya... Si mañana desaparece, su espíritu está encarnado en la vida y en los hombres. *(Voces; griterío dentro).*

HELIA. ¿Qué dices? *(Del lado de la fábrica se oyen vivas y carreras).* ¡Adolfo, Adolfo! (*El gesto de la actriz será de angustia y de terror).* ¿No me ves? ¿Qué piensas? *(Pausa).* He tenido un presentimiento, como si el silencio y el vacío se hicieran entre los dos. ¡Vámonos! *(Las pausas a discreción de la actriz).*

ESCENA DUODÉCIMA

DICHOS, EL DIRECTOR, MARY Y OBREROS

(Los rumores de todas clases no deben interrumpirse hasta el final del tránsito).

DIREC. ¿Qué pasa? *(Voces dentro de ¡Viva el ingeniero! ¡Fuera el director!)* ¿Por qué han parado los motores?

ADOL. Lo que tanto temían, la huelga.

DIREC. No puede ser; no puede ser. ¿Cómo evitarlo? Acompáñeme.

ADOL. No hace falta. Ya están aquí los obreros.

ESCENA FINAL

(Los obreros invaden la escena dando voces de ¡Viva el ingeniero! ¡Muera el director! y queda ocupada, mitad por los obreros, a cuyo frente irá Tomás, y la otra mitad por el grupo de Adolfo y Helia, y algo alejados el director y su hija. Algunos obreros desfilan silenciosamente dando en todo momento la sensación de tranquilidad).

MARY. ¡Papá, no estés aquí entre estos miserables, vámonos!

OBRERS. ¡Fuera! ¡Fuera! (*Ademanes de protesta y silbidos*).

DIREC. (*Sin saber lo que hace*). ¡A trabajar! ¡A la fábrica!

MARY. ¡Canallas! ¡Canallas!

UN OBR. ¡Eso no! (*Movimiento de avance en los obreros*)

OTRO. ¡Compañeros.... que nos desafían!

TODOS LOS OBREROS. ¡A ellos, a ellos!

TOM. ¡Quietos; estoy yo aquí!

(*Adolfo va a hablar, pero el avance de todo el grupo de obreros se lo impide. Mary y el director retroceden temerosos y estrechamente abrazados. De pronto suena un tiro que nadie lo da. Es ese tiro estúpido que interrumpe una vida, que se ofrece al destino porque recorrió toda su trayectoria y solo le falta la caída heroica para llegar a la inmortalidad. Antes de sonar el disparo, que se supone diri-*

gido contra el grupo del director y su hija, Adolfo corre a protejerlos con su cuerpo y cae muerto. Helia se precipita hacia el cuerpo caído de Adolfo, llorando convulsivamente. Intento de dispersión en todos los personajes. Mary, electrizada a última hora por la grandeza que muere y el amor que nace, al escuchar a Helia se abraza llorando también al cadáver de Adolfo. Pausa de verdadera emoción).

TOM. (*Adelantándose hasta el grupo de Helia, Mary y el cadáver de Adolfo*). ¡Compañeros! (*Se descubre y a la vez todos los demás*). ¡Al trabajo! (*Se ponen en marcha los motores y suenan todas las sirenas de la fábrica*). ¡En homenaje a la víctima de todos, ha terminado la huelga! Por hoy nada más nos ha vencido la muerte.

TELÓN MUY RÁPIDO

EPÍLOGO (*)

Una plaza circular. Parpadean las primeras luces en la lejanía. En el centro de la plaza se alza una estatua, que glorifica la vida, el genio y la muerte del príncipe. El basamento está inundado de flores. Una luz violada hiere la figura del ingeniero, idealizando, suavizando la giba del que supo amar, sacrificarse y morir.

Una multitud de niños, perpetuando la dignidad de una vida gloriosa por sus hechos, y generosa y espléndida por su muerte, dan vivas al ingeniero y le arrojan flores y besos.

Los niños corren alborozados y gentiles, e irán desapareciendo por las laterales. Se empiezan a oir las notas de un piano que lenta y ritmicamente desgranará los acordes de un alto estudio. Sobre el silencio de la noche, y la poesía del momento, y la emoción temblorosa de esa eternidad que el hombre inteligente capta, cuando el espíritu, de rodillas, busca y encuentra al dios de si mismo, una voz, dice... mientras dos mujeres enlutadas, escuchan ávidas, desde el pie del monumento, la oración de la voz...

La noche se ha ido haciendo gradualmente. Repentinamente se apagan todas las luces de sala y escena, quedando ésta iluminada por la luz violada que perfila los relieves de la estatua.

(*Un actor de etiqueta, sale a escena y dice:*) El hombre duerme sobre el genio de la idea. Juntad las manos en acción de ofrenda, y besar a la muerte que nunca ha delinquido. ¿No ois cómo a raudales corre el silencio? El silencio piensa. El silencio habla. ¿Ois el

(*) No siendo necesario este epílogo ni para la comprensión ni para la unidad de la obra, puede suprimerse su representación.

silencio? Pues esa es nuestra voz, la idea que palpita en el genio, la vida que golpea en las entrañas, la miseria que denigra y envilece. Silencio, silencio. Se ha hecho piedra la carne, se ha eternizado la joroba, es decir, la escoria, que aún siendo escoria, nunca claudicó, porque fué más allá de la vida, más allá de la muerte, más allá del amor. (*Las mujeres sollozan. A lo lejos suena el ¡vivaaaaaa! apagado de un coro infantil*). Esa es la vida. Ese el yunque. Todo lo soporta y todo lo vence. Silencio.

(*Luz esplendorosa; cae* el

TELÓN RAPIDO

Junio del 1929.

Esta obra se representó con decorado del pintor extremeño Rufino Hernández.

2 pesetas

Tip. de Trejo.-Don Benito